

ph

POR UNA RENOVACIÓN ESCÉPTICA

66668

FRÉDÉRIC COSSUTTA¹

En estos tiempos de desencanto, el escepticismo puede jugar un papel esencial, como antídoto contra el nihilismo. Ofrece una posibilidad para una mejor manera de pensar y de vivir.

Nos proponemos rehabilitar la "vía escéptica" como un gesto auténticamente filosófico. Desde luego, el escepticismo se ha constituido en una escuela situada históricamente en la Grecia antigua, que opera al margen de la filosofía, aunque no por esto, deje de tener un alcance fundamental. Se inscribe, en efecto, en los límites en los cuales el pensamiento juega simultáneamente su pérdida y su posibilidad, y puede jugar un papel esencial, en tiempos de desencanto, como antídoto contra el nihilismo.

El escepticismo ha sido caricaturizado tanto por la filosofía dominante como por la opinión común. Esta última la asimila a una duda generalizada, marcada por la irresolución o la indiferencia, que conduciría de la indecisión a la inercia, y de la veleidad al conformismo: "si todo vale, nada vale, desde entonces ¿para qué sirve tomar una buena decisión o proceder?" El escepticismo representaría el fruto de

¹Cf. mi libro *Le Fondement de la morale*, ed. de Mégare, 1982; 2ª edición., PUF, coll. *Perspectives critiques*, 1993.

un desencanto consecutivo por el hundimiento de los grandes relatos fundacionales y el final de la esperanza planteada por las promesas tecno-políticas no cumplidas por la modernidad. Significaría la renuncia a la moral, al lado de una actitud "cínica" más seductora y por lo tanto más disociada ("Nada tiene sentido, aprovechemos las circunstancias") o de una actitud "sofista" más refinada ("Todo es apariencia, construyamos estrategias consensuales mediante los artificios de la retórica y de la comunicación..."). Pero el sentido corriente de estos tres términos traiciona el sentido original que las uniría a las opciones filosóficas auténticas y radicales. El ejercicio sofista de un habla compartida era la condición de elaboración de la esfera política. El cínico rechazaba el relativismo de las convenciones sociales en beneficio de la autenticidad natural. Finalmente, la duda escéptica, lejos de conducir a una pasividad que lo haría cómplice objetivo del fanatismo, era una condición paradójica de la vida feliz (la eliminación de juicios que tiene como consecuencia la ataraxia: ausencia de confusión y quietud interior).

Los filósofos, por su parte, rechazaron, en general, toda dignidad filosófica. Ahora bien, lejos de pertenecer a la anti-filosofía o a la no-filosofía, el escepticismo es una total "posición" filosófica, incluso si ésta resulta "insostenible".

Otra actitud consistió en recuperar el poder crítico, neutralizando totalmente su alcance destructivo. Esta segunda estrategia, ilustrada de diversas maneras por Montaigne, Pascal, Descartes, Hegel o, más cercano a nosotros, por K. O. Apel, utiliza el mecanismo por el cual el escepticismo parece autocontradecirse, para volverse contra sí mismo y poner así la dinámica de la duda al servicio de la certeza o de la creencia, de la fe o de la razón. No deja de sorprender la lectura del libro de R. H. Popkin: *Historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*, por la multiplicidad y el carácter contradictorio de los afiliados a un escepticismo rendido y esclavo de las posiciones que, sin embargo, tenía que refutar por vocación.

K. O. Apel, en su tentativa actual de fundar una ética de la comunicación sobre una pragmática trascendental, utiliza este procedimiento de inversión. Una "contradicción performativa" que destruye según él toda refutación escéptica: mientras más se empeñe en negar la posibilidad de un discurso argumentado, asociado a sus presupuestos éticos, más la

refuerza. Por el contrario, es principalmente la contradicción performativa la que se vuelve contra quien la utiliza. En efecto, esta tentativa de invertir los tropos y las formas autocontradictorias del escepticismo reposa sobre el desconocimiento del hecho de que los escépticos griegos tienen, en muchas ocasiones, y bajo múltiples formas soluciones imaginarias que les permitían escapar a una contradicción elemental. Su escepticismo se aplica, en efecto, a sí mismo, y las cláusulas de relativización le evitan tanto la autodestrucción, como una recaída dogmática en su contrario. Si entonces, el escepticismo no se destruye a sí mismo, no vemos cómo sería posible utilizar este cambio en beneficio de una labor que replantee la racionalidad.

La crítica escéptica, lejos de ser externa a él, se inscribe, entonces, al contrario, en el corazón del dispositivo filosófico. Al Prohibir todo monopolio doctrinal, la crítica asegura el resurgir de la actividad del pensamiento más allá de los sistemas cuyos escombros jalonan la historia.

Nosotros permanecemos en una doble nostalgia, la de un tiempo antiguo donde conocimiento y sabiduría estaban ligados a la unidad de lo divino, y la de un tiempo más reciente donde el saber, como tal, debía constituir una condición de la emancipación humana. Ahora bien, el programa del humanismo ateo, formulado explícitamente por Feuerbach en la *Essence du Christianisme*, fracasó en el proceso de reapropiación histórica de la esencia humana antes proyectada en Dios. Aunque los ídolos, avatares mundanos de lo divino, han resurgido con efectos mucho más destructores que lo que parecen los atavíos de la racionalidad tecno-científica.

Este sueño de perfección y de pureza, arruinado por los desastres del s. XX, deja desesperado al humano, preso de las tentaciones de un regreso a lo religioso, en un repliegue individualista o en una violencia exacerbada, de la cual se espera inconscientemente, que atestigüe finalmente, negativamente desde luego, una presencia del ser y del valor. La crisis contemporánea se debe menos a una pérdida que a un exceso de sentido cuya proliferación pretende llenar un deseo de creer nunca satisfecho. A este desespero disfrazado o explícito, testigo del nihilismo característico de la post-modernidad, se puede oponer un escepticismo renovado, a la vez como medio de

inteligibilidad y como remedio. En efecto, el escepticismo no es un nihilismo, sino su antídoto. El movimiento por el cual él deshecha las falsas verdades y restaura la posibilidad de una mejor manera de pensar y de vivir.

Se puede, en efecto, transponer las matrices lógicas elaboradas por los escépticos griegos para pensar la complejidad del mundo contemporáneo. En este sentido, no se trata de renunciar a nada, como si debiéramos ceder al tópico de la tan anunciada muerte de la filosofía, o a las sirenas de la pereza intelectual (el escéptico permanece "inquieto", "curioso"). Renunciar a las evidencias obliga, por el contrario, permanecer en vilo. Una permanente vigilancia del espíritu permite oponer la "suspensión" a toda pretensión de enunciados de validez, como también a un exceso de duda que dogmatizaría la actitud crítica. Esto no significa que sea necesario renunciar a establecer unos límites en el seno de los cuales las normas de verdad o de bien resulten aceptables, sino que en realidad no podríamos pretender establecerlas de manera definitiva.

La enunciación escéptica, dado que ésta se relativiza a sí misma, no destruye las doctrinas y las ciencias sino en sus pretensiones unilaterales de ser las únicas que ocupen el lugar de la verdad. Al mantener este lugar vacío, nunca desprovisto, hacemos aparecer a cambio las posibilidades que nos permiten escoger entre ellas. El lugar escéptico sería así, el punto de encuentro en el cual toda consistencia del saber se hace y se deshace. Lejos de ser ajeno a la actividad del pensamiento, el gesto escéptico le sería consustancial, puesto que el pensamiento no reside en los monumentos que presenta, teorías, sistemas, doctrinas, saberes, sino en la actividad que, las genera, las destruye y las regenera, para una perpetua metamorfosis. El escepticismo así replanteado no nos obliga, entonces, en absoluto, a renunciar a un compromiso intelectual, sino solamente a una concepción ilusoria de este compromiso.

Un enfoque análogo puede ser fecundo para la vida ética y práctica, para la cual el escepticismo vale como terapia, el remedio se elimina con el mal que él disipa. La no-adhesión, efecto de una duda continua y de una supresión de juicios, es condición de una quietud interior que constituye la felicidad. Tomemos conciencia del carácter increíble y

radical de tal posición. Nosotros unimos espontáneamente el desespero y el desencanto contemporáneo a la duda y al fin de las certezas, mientras que el escepticismo nos propone, al contrario, una incertidumbre asumida como condición de la vida feliz. No adherirse más a las representaciones ni a las sensaciones, como si ellas nos indicaran efectivamente algo sobre la realidad, produce una liberación respecto a todo deseo de poder que daría verdad a la coartada: el rechazo al sectarismo, al fanatismo, que son consecuencias necesarias.

Se objetará que la indiferencia es fuente de indeterminación en la vida práctica y corre el riesgo de una complicidad pasiva con la violencia auto afirmativa, fuente de tiranías y de totalitarismos. ¿Cómo podríamos hacer del escepticismo una condición de la tolerancia, mientras que ésta, lejos de suponer una renuncia a sus propias opiniones, exige que se admita, al menos, la posibilidad de derecho a una multiplicidad de puntos de vista?

Los escépticos griegos admitían la necesidad de conformarse con las exigencias de la vida y, puesto que éstas no eran ni mejores ni peores que las otras, se acomodaban a las costumbres y convenciones de su país, relativizando completamente su pretensión de universalidad. La resolución "conformista" de la indeterminación práctica es, en realidad, una respuesta reducida, si la interpretamos en el primer grado, como si ella en retrospectiva reflejara necesariamente la pura contingencia.

Se puede proponer otra solución escéptica, frente al riesgo de una neutralización por la indiferencia de las decisiones éticas, al mostrar que la eliminación de juicios, puesto que se considera a sí misma eliminable, soporta dos limitaciones. La primera estipularía que el escepticismo puede aceptar todo excepto lo que volvería imposible la pluralidad de los puntos de vista, y debe combatir, entonces, toda restricción del espectro de las posibilidades a un punto de vista unilateral o todo lo que suprimiera la posibilidad misma del enfoque en perspectiva. Lejos de conducir a la pasividad, el escepticismo, tiene una vocación particular de luchar contra la impasibilidad, entonces, por los medios análogos a los empleados por la no-violencia, contra el fanatismo. Esto es lo que muestra la anécdota sobre Anaxarco, maestro de Pirrón. Sometido al suplicio por el tirano de Chipre, él le opuso su indiferencia a -pática: "Broie, broie le sac de peau d'Anaxarque, Anaxarque lui, tu en le broie pas."

La segunda estipulaba que el escepticismo no puede aceptar nada (puesto que A no es más verdadera o falsa que no A, puesto que este rechaza tanto a A como a B), salvo el hecho que A en vez de B, o B en vez de A, *me parezcan* preferibles. Yo no veo porque no tomaría, una decisión ética o de escogencia de la vida, gracias al razonamiento o a la discusión argumentada. El escepticismo no nos obliga, entonces, a aceptar el estado de las cosas, ni nos conduce a dejar las cosas como están. La distinción entre conformidad o no conformidad se atenúa: el conformismo anticonformista del escéptico reside en el hecho que puede aceptar o rechazar las convenciones. Su diferencia consiste en que él no se adhiere según las modalidades de una creencia, a lo que él vive, decide o afirma, sino que se libera de lo que con él no coincide más que en apariencia, al actuar con lucidez. Su quietud interior, consecuencia de la ataraxia, lejos de aislar a los humanos y encerrarlos en una sabiduría altiva, lo inscribe, por el contrario, en la ciudad, donde su dulzura hace de él un sabio respetado, como lo fue Pirrón en su ciudad de Elis.